

llegó á un río que estaba cerca del real de Pamphilo, é toparon dos velas, é la una se tomó, é la otra huyó y entró por el real, á voces diciendo: «Al arma, al arma: que ahí viene Cortés». El qual, quando se vido cerca, se apeó él é otros tres de caballo; é todos á pié, con sus picas, entraron por el real, é fueron derechos á un aposento, donde estaba Pamphilo de Narvaez, y estábanle diciendo: «Señor, catad que viene ahí Cortés!» Y él respondía: «Dexadle venir: que es mi hijo». Y estando vistiéndose unas coraças, subieron treynta hombres donde estaba, y él salía por la puerta armado, é diéronle con una pica un golpe en el ojo, que se le quebraron, y en continente le echaron mano é le llevaron rastrando por las escaleras abaxo; é finalmente él fué preso é su gente desbaratada, é muchos de los suyos pressos, é otros muertos. Dixo-se que como Narvaez vido á Cortés, estando assi presso, le dixo: «Señor Cortés, tened en mucho la ventura que aveys tenido, é lo mucho que aveys hecho en tener mi persona (ó en tomar mi persona)». É que Cortés le respondió é dixo: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra, donde estays, es averos prendido». É luego le hiço poner á buen recabdo, é le tuvo mucho tiempo presso.

Otro día por la mañana, despues de aver Cortés recogido su gente, é averse congraçiado é atraydo á sí la mayor parte de la gente de Narvaez, se partió para Temistitan, donde el capitán Alvarado estaba en mucho aprieto; porque cómo Cortés salió de la cibdad, intentaron é pusieron por obra los indios lo que tenían acordado, aunque no como Monteguma lo avia pensado effettuar, segund se dixo de susso; pero con su acuerdo ó sin él quisieron matar á aquellos chripstianos que allí quedaron, para dar despues por los restantes.

Quando Cortés salió de aquella cibdad,

encargó mucho al capitán Alvarado que velasse y estoviesse muy sobre aviso para que Monteguma no se fuesse á Narvaez; é dióse tan gentil recabdo, que como cavallero y experto capitán, assi como ovo sentimiento de la alteraçion de los indios é los vido con mano armada moverse por dar la libertad á su señor, assi él se puso al opósito para se lo impedir con esos pocos españoles que allí quedaron en su compañía. É quando llegó Cortés, avia ocho ó diez días que cada día peleaban contra innumerables indios, é no avia chripstiano que no estoviesse herido de los que estaban cercados, é aun con muchas heridas, é parte dellos avian muerto: é quando estaban cansados de pelear, sacaban á Monteguma sobre una agútea para que mandasse á los indios que se apartassen é dexassen de pelear, é assi lo hacían. Y estaban ya en tanta necesidad que les faltó el agua, é cavaron en el patio tanto como hasta la rodilla, é milagrosamente se hinchó el hoyo de agua dulce, non obstante que aquella casa está en medio de la laguna salada. Intervino otro miraglo muy señalado, é fué este: pusieron la imágen de la Madre de Dios en un quí muy alto que allí avia en la cibdad, é los indios començaron á echar mano della para la quitar, é pegábanseles las manos dó estaba la imágen, é dende á buen rato se les despegaban, quedando allí señaladas, de manera que no osaban llegar allí más.

Otro miraglo subçedió en essa saçon ó tiempo, é fué muy notorio, é fué aqueste. Tenían los chripstianos un tiro de pólvora grueso, é cargáronle para tirar á los indios é hacerlos apartar afuera, é pegáronle fuego é no quiso salir: lo qual viendo los indios, dende á mucho rato, perdida la sospecha é temor quel tiro avia de salir, arremetieron como leones, con un ímpetu leonino é con tanta grito é multitud dellos, que no se pudieran resistir

por manos de humanos, si Dios no obra de sus maravillas é poderio absoluto. É combatiendo con mucho furor é perseverança para redimir á su señor é sacarle donde estaba, é con palancas é otros instrumentos, determinados de morir é derribar la fuerza ó conseguir victoria, é no dexar chripstiano con la vida; é la verdad era que ya los españoles, cansados de su defension, y embaraçados é ofendidos por las innumerables varas é flechas é piedras que los tiraban, estaban á tanto estrecho que ninguno dellos dexó de pensar que estaba en la última hora de la vida. En aquel mayor trabaxo y hervor del combate salió el tiro, sin le aver más cebado ni pegádole más fuego, con horrible sonido; é como la pelota era tan grande quassi como la cabeça de un hombre, é tenia dentro perdigones que escupió por muchas partes, hiço mucho daño en los indios, y espantólos de manera que quedaron atónitos é se retiraron más que de passo para atrás, quedando muchos muertos, é otros muy mal heridos. Afirman que se vido el apóstol Santiago á caballo, peleando sobre un caballo blanco en favor de los chripstianos; é decían los indios quel caballo con los piés é manos é con la boca mataba muchos dellos: de forma que en poco discurso de tiempo no paresçió indio, é reposaron los chripstianos lo restante de aquel día.

Ya sé que los incrédulos ó poco devotos dirán que mi ocupaçion en esto de miraglos, pues no los ví, es superflua ó perder tiempo, novelando; é yo hablo que esto é más se puede é debe creer, pues que los gentiles é sin fée é ydólatras escriben que ovo grandes misterios é miraglos en sus tiempos, é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el diablo. Pues más fácil cosa es á Dios é á la immaculata Virgen, Nuestra Señora, é al glo-

rioso Apóstol Santiago é á los Sanctos ó amigos de Jesu Chripsto hacer esos miraglos que de susso están dichos, é otros mayores.

Escribe Tito Livio que debatiendo Lucio Tarquino Priſco, quinto rey de los romanos, con Actio Navio; famoso en los augurios, dixo al adevino como por cosa de burla: «¿Adivinarás lo que yo agora pienso ó deviso en mi coraçon?» Y el adevino, que estaba guardando en sus puntos é sciencia, dixo que sí. Estonçes dixo el rey: «Yo devisaba que tú cortabas aquella piedra con una navaja: toma la navaja é haz aquello que tus aves adivinan.» El adevino deliberadamente tomó la navaja é cortó la piedra: assi que, ved lo quel diablo puede, que hiço que la navaja cortasse la piedra.

El mesmo auctor, entre otros prodigios, escribe que habló un buey, é dixo: «Roma, guárdate». É que los aurispiçes mandaron que aquel buey con suma diligencia fuesse guardado². Ningun chripstiano cathólico hay que dubde que esos miraglos que escribe Livio son obras del demonio; é pues quel las pudo hacer, pequeña é fácil cosa eran para Chripsto é su gloriosa Madre, é para el Apóstol Santiago, cuyo caballero militar de su Orden del Espada fué este capitán Alvarado, aquellos quatro miraglos que de susso se tocaron. Quanto más, que nuestros españoles eran chripstianos, y entrellos no podían faltar devotos é amigos de Dios. Volvamos á la historia.

Otro día siguiente á lo que es dicho avia tantos indios como si no faltára ninguno de los muertos, é paresçia que siempre cresçia el número de los infieles ó la multitud dellos, porque número era dificultoso saberse. É decían: «Si no oviésemos miedo de esse del caballo blanco, ya vosotros estaríedes coçidos,

¹ Década I, lib. I, cap. 36.

² Década IV, lib. V, cap. 30.

aunque no valeys nada para comeros, porque los chripstianos que tomamos esotro dia, los cocimos, é amargaban mucho; mas echaros hemos á las águilas é leones, que os coman por nosotros. Pero holgad: que de aqui á un poco lo vereys, si no soltays á Monteguma, nuestro señor, porque siendo él aquel Dios que cria todas las cosas, avés ossado prendelle. Estonçes los españoles le hicieron poner en un terrado, y él les dixo qué no estaba presso, sino que aguardaba á Hernando Cortés, capitan de los chripstianos. É los españoles les respondieron á las gentílicas y heréticas vanidades que los enemigos decían, que Monteguma era hombre mortal como ellos, é que no avia otro Dios sino el de los chripstianos, que avia criado el cielo é la tierra é todo lo del mundo; é que aquel del caballo blanco era un criado é cavallero suyo, que se llama Sanctiago, que les avia enviado del cielo para que les ayudasse é favoreciesse é matasse los indios, como lo podian bien entender, pues que seyendo tan pocos los españoles, se defendian de tantos indios é los ofendian. É que pues decían los indios que veían una muger que les echaba mucho polvo en los ojos, quando peleaban con los chripstianos porque no los viesesen, que creyessen que era la gloriosa Virgen, Nuestra Señora, Sancta Maria, Madre de Chripsto, nuestro Redemptor.

Estando en este estado la cibdad é los chripstianos que allí avian quedado, vino nueva cómo Cortés yba con la gente toda de Pamphilo de Narvaez é con la qué se avia llevado; é Monteguma mandó á los indios que dexassen de pelear é dexassen venir los otros chripstianos, porque á todos juntos matassen; é aquesto se cree que fué su intento. É assi çessaron estonçes en el combate; pero desde á poco, ó porque assi les fuesse ordenado, ó por su voluntad propria, se tornó á refrescar la pugna, é peleaban como hombres de

mucho esfuerço, é que mostraban bien que avian gana de concluyr é acabar su empresa. Estaban todos aquellos defensores çercados, heridos é con mucha fatiga, é aun no muy conformes por la diversidad de sus opiniones de Diego Velazquez y Hernando Cortés, que los unos eran parciales al uno é los otros al otro; y entre ellos avia un hidalgo, que se decía Botello, que echaba conjuros é presumia de pronosticar algunas cosas futuras, bien que lo tal es reprobado é no seguro para la consciencia del chripstiano: y este dixo que si los chripstianos no salian una noche señaladamente, que no quedaria hombre dellos á vida.

Ya Hernando Cortés estaba dentro en la cibdad, é con su llegada é juntarse los chripstianos con los primeros çercados creció el favor de los nuestros; pero no çessó la guerra por esso: antes paresçia que los enemigos é su perseverancia creçian cada hora en los combates, de lo que se coligió quel acuerdo primero é consejo de Monteguma, que tomó quando se supo de la venida del capitan Narvaez, estaba fixo para que juntos los españoles que de nuevo yban con los que allá estaban, los matassen á todos. En fin, Cortés determinó de crear aquel adevino ó desvariado paresçer del Botello: é más çierto debiera de ser que le paresçió. (como á hombre que conosciá é via el estado en que estaba) que le convenia la salida de la cibdad é dexarla, como varon experto é de grand conosciimiento, é aun porque la nesçessidad es la que enseña á los hombres en tales trançes lo que conviene á su salvacion. Via que los enemigos eran señores de los bastimentos é del campo, é que estando ençerrados los chripstianos, era mayor su nesçessidad cada hora é la hambre mayor, y essa sola sin las armas bastára á los acabar. É por todas estas causas se determinó, avido su consejo con los otros

capitanes, sus inferiores, de salirse con la gente fuera de la cibdad, cayesse el que cayesse, é salvarse el que Dios ordenasse que salvo fuesse.

Muchas vezes me acuerdo, quando me ocurre oyr ó leer alguna vanidad destes sorteros ó adevinos que quieren entremeterse en decir las cosas que están por venir, de un muy notable caso que está escripto en aquel tractado que escribió Josepho, saçerdote de los de Jerusalem, hijo de Matathia, en lengua griega, contra Apion Grammatico Alexandrino, é dice assi: «Segund supe de un varon judio que militaba en aquella expedición, cuyas palabras contenian aquestas cosas, dizie assi: Yendo yo al mar Bermejo, yba allí de consuno con otros cavalleros judios uno que se llamaba Mesolano, varon de fecho, é de ánimo guerrero sobre todos los archeros. Aqueste, yendo assi muchos juntos é presurosos en el caminar, rescibió un adevino agüero dél, é otrosi pidiógelo, é dixo que todos estoviesen quedos, y él preguntóle que por qué se detenian: el adevino le mostró un ave qué miraba ante sí, é dixole ser complidero que todos se detuviessen, si aquella ave estoviesse queda; é que si se levantasse é volasse ante ellos, que estonçes caminassen; é que si volviesse las espaldas, convenia que todos se volviesesen: y el cavallero, callando á esto, començó á tirar saetas con su arco, é hirió la ave é la mató. Ensañáronse contra él assi el adevino como otros algunos, diciéndole que lo avia fecho mal; y él dixo estonçes: «Malditos demonios, por qué os ensañays?» É teniendo el ave en la mano, muerta, replicó: «Aquesta no supo de su salud, é podrá juzgar la salvacion de nuestro camino? Si ella pudiera antedecir lo advenidero, en ninguna manera viniera á este lugar con temor que no la matasse con saeta Mesolano, judio». De lo que está dicho dá por auctor Josepho á TOMO III.

Hecatheo, historiador antiguo. Assi que, estas cosas assi las deben sentir los de sano entendimiento, como lo sintió Mesolano. É haciéndolo assi el capitan Hernando Cortés, aperçibió á los españoles é dixo que le siguiessen por la calçada de Tacuba; é mandó á Johan de Guzman, su camarero, que abriese una sala donde estaba el thessoro de mucho oro é plata é piedras é joyas, para que cada uno tomasse lo que quisiesse, qué se lo daba. É dió la retroguarda al comendador Pedro de Alvarado, é començó Cortés á caminar con hasta çient hombres de los veteranos de sus milites; é los que avian ydo con Narvaez arrojáronse en la sala, é cargáronse de aquel oro é plata quanto pudieron; pero los menos lo goçaron, porque la carga no los dexaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados, é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí; é assi no se salvaron sino los desocupados é que yban en la delantera. Esto era despues de media noche, é muy llena de niebla. Oíanse muchos clamores é gritos é voces, unos llamando á Dios é otros á Sancta Maria, Nuestra Señora, de los que prendian é mataban los indios. Bien pensaron los españoles que ninguno dellos quedára, é quiso Dios que de todos quedaron hasta tresçientos é quarenta y çinco de pié é de caballo; é si los indios no se detuvieran en buscar é hurtar y esconder el oro que tomaban, tampoco quedáran con las vidas essos, como los demás.

En esta relacion se cuenta muy diferenciadamente de como atrás está dicho, en la relacion de Cortés, la muerte de Monteguma; y yo tengo por más çierto que su fin fué como Cortés lo escribió é la historia lo ha contado; é porque demás desso, *viva voce*, yo lo he oydo al comendador Alvarado, que estuvo pressente á ello. Bien que aunque en esso discrepen los testigos, en estotra relacion se

diçen otras cosas veríssimas, que en las passadas cartas ó relaciones de Cortés no se hace memoria dello. Assi que, tornando al discurso desta relación, diçe que dos mançebos avian tomado cargo, por mandado de Cortés, de sacar á Montecuma, é que llevándolo, le dieron una pedrada en la cabeça, no lo conociendo, que dieron con él en el suelo, é mataron á los dos españoles que lo llevaban, é nunca lo conocieron hasta que fué de dia: é que cómo le conocieron, se detuvieron con él los indios é dexaron de seguir á los chripstianos, haciendo grandes llantos, pero breves, porque reconocidos del desastrado fin de su señor, fueron más de quarenta mill hombres en seguimiento de los españoles. Y el capitán general avia mandado al comendador Pedro de Alvarado que se quedasse en la retroguarda á recoger la gente, é desque vido tanta mortandad en los nuestros, é qué tampoco no podia escapar, atendiendo más, llevaba una lança en la mano, é siguió trás Hernando Cortés, passando sobre los muertos é caydos, oyendo muchas lástimas; é llegó á una puente, que ya la avia passado Hernando Cortés é los que escaparon, y estaba alçada, é todo aquello lleno de muertos quassi hasta arriba. É como era mançebo é muy suelto, juntó la lança contra los enemigos, é assi como se detuvieron un breve espacio, en continente, sin perder tiempo arremetió, é sobre el quento de la lança saltó tan ligeramente que travessó todo aquello que la puente solia ocupar, é púsose del otro lado en salvo, quedando los indios espantados dello; porque fué tan extremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello he oydo decir que paresçe cosa imposible averlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban; é llegó á Cortés, que estaba ençima de unas gra-

das de un quí, sentado, diçiendo muchas lástimas, é á vuelta dellas otras palabras contra los que avian atrás quedado. É por no acabar de se perder, movió de allí con esos pocos que le quedaban, é con mucho trabaxo é peleando á cada passo, él y ellos llegaron á la cibdad de Tascaltecle, todos heridos. Pero en este camino, desde á cinco dias despues que salieron de México, los cercaron más de doscientos mill indios por mandado del señor de Temistitan, Hernando de Montecuma, é subçessor en su señorío; no porque él allí fuesse, sino un capitán é mayordomo suyo que se decía Xuquetenga; é peleando con los chripstianos, le mataron á esse capitán é desmayaron los contrarios é dexaron de seguir á los chripstianos. É assi con assaz peligro é cansancio é muchas heridas, los que quedaban llegaron á una fuente, donde se parte el término de Tascaltecle con el de México; é quiso Dios que vinieron los de Tascaltecle con mucha gente de guerra, en que avia más de cinquenta mill hombres, é detrás dessos más de otros veynte mill hombres é mugeres con bastimento é comida é agua á socorrer los chripstianos. É cómo toparon con ellos, lloraban é decían: «Bien os lo diximos, quando de nosotros os partisteys; é os avisamos que esos mexicanos son grandíssimos traydores, é no nos quisisteys creer». É los talcasteclanos é alguno de caballo dieron en los que todavía venian de unas partes é otras en busca de los chripstianos, para los acabar de matar é robar, é híçose grand matança en los tales; é recogidos, se fueron á Tascaltecle, é fueron acogidos é tractados é procurados, como si fueran propios hijos. É allí estovieron hasta que se allegaron de los españoles, que despues fueron á aquella tierra otros quinientos ó más hombres, que con los veteranos, pocos á pocos, passaban de ochocientos hombres de guerra: la qual luego se co-

mençó ó se prosiguió, continuándose á crudamente, contra los mexicanos é sus guerra guerreada á fuego é á sangre muy valedores.

CAPITULO XLVIII.

En el qual se tracta cómo fué cobrada la grand cibdad de Temistitan, y el señor della fué presso; é otras particularidades. É dáse fin con este capitulo á esta relación que, como es dicho, fué sacada de muchas informaciones é testigos que en aquella conquista se hallaron.

Prosiguendo esta relación, es de saber que en ella se hace memoria de los treçe bergantines que Hernando Cortés híço hacer para la conquista é recuperacion de Temistitan, é cercarla; é cuéntalo de la mesma manera que se ha dicho en esta historia. É diçe assimesmo que Hernando Cortés le puso tres reales á la cibdad, uno en la calçada de Iztapalapa, é otro en la de Tacuba, por donde avian los chripstianos salido huyendo, é otro en la calçada que llaman de Saltoca; é ordenó que aquellos bergantines anduviessen en aquella grand laguna, á par de aquellas calçadas, é por todas partes discurriendo, porque los indios no pudiessen meter bastimentos en la cibdad. É tambien se hace mençion que se ordenó una grand traycion en Texcuco por los indios; pero que se puso recabdo en ello, segund la historia lo ha contado. É assimesmo diçe el motin, en que tenian ordenado de matar á Cortés, por industria de un Villafañe é un tal Escudero é otros que se hallaron, é fueron castigados, é pagaron su mal desseo con las vidas; porque esos é otros émulos de Cortés, por parte de Diego Velazquez, andaban amotinándole la gente; pero el castigo lo asegurró todo.

De manera, que quanto al cerco, se ordenó que Hernando Cortés fuesse en los bergantines, é tres capitanes otros por tres partes con el restante de la gente española é amigos confederados, por tierra; en que avia, sin los chripstianos, más de cinquenta mill hombres. É

sabido por Guatimuçin*, señor de Temistitan (subçessor en aquel grande estado á Montecuma), híço aperçebir sus gentes para su defensa, é quitar las puentes de las calçadas; é híço muchos sacrificios á sus dioses, y en espeçial á su dios de la guerra, aquellos llaman *Çancual*, é sacrificó aquel dia quatro mill muchachos ó más, é quatro españoles que tenia vivos en una jaola. É ovo su consultaçion con el demonio, é dixose que le avia dicho que no temiesse de los chripstianos, é que saliesse á ellos, é le ayudaria é los mataria á todos; é que le sacrificasse, como solia.

Escribe Livio, que haciendo la guerra el cónsul Fabio á los tarquinienses, los Tarquinos sacrificaron trescientos é siete cavalleros romanos, aquellos avian presso, en deshonor de los romanos; de manera que non menos que en Indias, en Italia entre aquellos antiguos gentiles tractaba tambien el diablo esta condenada usança de sus sacrificios. Tornemos á nuestra historia.

Híço Guatimuçin venir por la laguna muchas canoas é algunas piraguas, é tan grande armada que quassi ocupaban las çinço leguas que tiene la laguna de longitud por aquella parte; é por su mucho número, con el estorbo que se daban las unas á las otras, no podian navegar á su plaçer. Los atambores é voçinas é gritas, era para espantar, mirando con quánta osadia é audaçia venian é amenaçaban á los chripstianos, é decían: «Aquí avés

* Aquí dice Oviedo *Guatimuça*, siguiendo sin duda la relacion que vá extractando.